

Letras

UNA CARTA INEDITA DE PAUL CLAUDEL

Por el
P. Ignacio Ortiz de Urbina, S. J.
Rector del Pontificio Instituto Oriental

No voy a hacer a mis cultos lectores el feo de presentarles al célebre escritor francés Paul Claudel, salmista y rapsoda de gestas modernas como la de la liberación de España mediante su martirio cruento. Pero sí quiero leer los principales párrafos de una carta suya escrita a Gabriel Frizeau en 1904, y que por una extraña serie de circunstancias acaba de ver la luz sólo en el último número de la revista parisiense "Etudes". Son puntos de meditación de ejercicios propuestos por un poeta recién convertido. Un hombre moderno abierto a todas las perspectivas mundiales comunica a otro gran escritor el tesoro espiritual que acaba de descubrir. Va a ser mejor que hoy se encargue de hablaros este seglar plétorico de teología vi-

vida. "Sí, créalo firmemente, con una seguridad inquebrantable. No hay verdad más que en el gozo inmenso, ilimitado, bienhadado, del que las más sublimes obras de arte, Virgilio, Dante, Beethoven, Shakespeare, nos dan una pequeña idea; todo lo que nos confirma en esa idea es verdadero; todo lo que nos aleja de ella es falso; no hay duda de que hemos nacido para una lucha sin límites, para delicias inefables. Y la consumación de este gozo está en el amor divino; es decir, en la presencia fuera y dentro de nosotros de un ser distinto llamado Dios, infinitamente puro, infinitamente tierno, infinitamente inocente, que nos conoce y nos ama con un amor personal a nosotros, Paul Claudel o Gabriel Frizeau. Con los tesoros de su bondad y sabiduría hubiera podido crear criaturas infinitamente más hermosas y más santas, y, sin embargo, hay un secretito personal entre nosotros, un rinconcito que es para nosotros solos, un puntito por el que nosotros existimos, y que no halla ni en los ángeles más sublimes, y por el que nos ama con un amor especial. Y nosotros, por nuestra parte, somos distintos de El para poder tener algo que darle, para poder unir a su corazón nuestro pobre corazón humano. Esa es la verdad, y si usted cree eso, cree toda la doctrina católica. Si examina todos sus dogmas y las prácticas más humildes a la luz del amor, le parecerán fáciles y suaves de creer; hallará en ellas toda paz, toda serenidad, el sacramento en esta vida de su matrimonio con la muerte.

También yo tuve una juventud muy parecida a la suya, una infancia piadosa, un liceo infame con las

infames doctrinas del día, la filosofía de Kant y de Renán. Este último miserable es el que ha proferido la más horrenda blasfemia que haya salido nunca de labios humanos: "¡Tal vez la verdad sea triste!" En esa época yo creía que no había misterios en el mundo, que todo se explicaba por las "leyes científicas" y que la máquina del universo se podía demontar como una máquina de tejer. Pero sucedió entonces que en Navidad de 1886, asistiendo a la vísperas de Notre Dame, tuve la revelación, al oír el "Magnificat", de que Dios me tendía sus brazos. Durante cuatro años tuve la fuerza de resistir y de llevar sobrepuestas en mi las ideas de un Dios que amaba y en el que por encima de todas las palabras yo creía con todas las fuerzas de mi corazón y de mi ser, y al mismo tiempo del perfecto absurdo de esos "dogmas" y esas "leyendas" que así se imponían por fuerza al estupidillo miserable, orgulloso, deplorable y corrompido que entonces yo era. Al cabo de cuatro años no había cesado el conflicto, pero sí mi capacidad de soportarlo. Me lancé, pues, al agua: me confesé y comulgué, y desde ese momento todas las dudas desaparecieron y nunca he dejado de creer ni en la más modesta tilde de cuanto enseña la Santa Iglesia Católica, única e infalible depositaria de la verdad; he podido pecar, pero jamás he cesado de creer en el amor que mi Dios me tiene y en el indefectible tesoro que ha puesto en manos de los sacerdotes. En ese momento no veía ninguna relación entre el mundo exterior, tal como me lo habían enseñado los maestros y libros de mi juventud, y esa ingen-

te luz interior que tan sorprendentemente me había iluminado. Todos mis dramas no son más que el esfuerzo, la lucha de un alma desesperada contra las tinieblas sofocantes con las que se le quiere ahogar; se resigna a no encontrar fuera de sí misma, en ese mundo visible que lo rodea, el orden, la paz y el gozo del que lleva en su interior una poderosa y segura conciencia. Es plenamente satisfactorio para la razón creer en un ser perfecto, invariable, esencialmente diverso en todas las criaturas, en cuyo misterioso nombre de "Santo" expresa esa diferencia inefable y paternal por la que nosotros existimos. Es justo pensar que ese ser, por el hecho de haber creado el mundo, se ha tomado interés por esa obra de sus manos, que se ha entretenido con ella, como dicen los artistas, que se han complacido en ella. Si somos su obra, su fruto, el producto de sus eternos designios, ¿cómo podría desinteresarse de nosotros? Así es que si somos miserables y dolorosos, eso no puede deberse a Dios, sino que es el resultado de una transgresión y de una caída primordiales. Esta transgresión es la que ha venido a reparar el Hijo del hombre, salido del seno de la Virgen bienaventurada, muriendo por nosotros en la cruz. Habiéndonos abierto la puerta, habiéndonos mostrado el camino, nos ha tenido que dar los medios para verle y las fuerzas para seguirle". Alude luego Claudel a la Iglesia, que habla y legisla en nombre de Jesucristo, y a los sacramentos, que nos comunican con El. "Todo esto se sigue perfectamente, todo está en el orden de la verdad, es decir, del gozo más grande. Eso es todo lo que

debemos saber y lo que no sabemos nunca lo bastante. Cierto que esas grandes y admirables verdades están rodeadas de misterios, pero no son misterios de horror y de muerte, sino misterios de vida como los que llevamos en nuestra humilde vida cotidiana". "Esas sombras son tan amables para un corazón creyente como las mismas luces. ¿Quién querría tener una verdad asimilable al primer contacto, prostituída a todas las curiosidades? Las tinieblas que rodean nuestra fe son como las especies eucarísticas; le permiten pasar intacta a través de esta parte vulgar de nosotros mismos, amueblada de ideas artificiales y de trastos hechos en tiendas que llamamos nuestra ciencia y nuestra razón. La verdad no está hecha para gustarla con la lengua, sino para digerirla con lo más profundo de nuestro corazón." Más adelante confía Claudel a su amigo: "Una conversación

no es asunto de palabras ni de objeciones que se resuelven con más o menos ingeniosidad". Se saca mucho partido de un corazón alegre y heroico. Hay que decir a Dios: "Oh Dios mío!, ya es hora; por fin voy a decir algo completamente absurdo. Por un lado están los sabios, los artistas, los hombres listos, los hombres de Estado, los hombres de mundo, que me aseguran con una seguridad perfecta que no existes; por otro lado están los mojigatos, las beatas, el arte de los vía crucis, la sofocante ineptitud de los sermones; podéis jactaros de haber concebido una religión loca y absurda. Y, sin embrago, me gusta tal como es, y Vos, Dios mío, me gustáis tal como sois y dondequiera que estéis, y voy a Vos dondequiera que estéis, porque sólo Vos tenéis las palabras de la vida y también por eso, porque sois Vos, porque sois mi Señor y mi Dios."

